

Naci de pie.

- Doña Manolita, ¡por Dios! ¡pue me pierde! ... - decia el medico a mi madre afotada.

- ¡¡ No puedo mas !!

tuero de medio hora de forcepeo... y tres dias de angustias, salio aquella cabecita mia morada y tumefacta...

- ¡ Bota muerto! -

- lo que importa es la madre - dijo el medico entregandome envuelto en una sabana a las mujeres

¡ ellas, ¡ Dios las bendiga! se pusieron a darme azotes, a sacudirme, ...

- Venfan, venfan acá y defen a la chutana! ¡ Café caliente! ¡ Cognac! ¡ Vamos, vamos ...! ¡ Leferos!

¡ Y cuando mi madre, inconsciente estuvo colocada en la cama, un gritito ronco, un vafido nada humano broto

de entre aquel ~~ex~~ envoltorio.

- 'Este vivo!' - dijo mi padre.

- 'Este vivo y es varón...

El médico reclinó con exultación
sacándome de entre las sábanas

- 'Este viva y es hembra...

- 'Hembra!' ... ¡pue se va a hacer!
Entonces mi madre abrió los ojos y
dijo humilde

- ¡lo rentes? ... Yo también...

- 'No, hija, no ... ¡Una ruina! ¡Oun
vamos a fuerarla más!

mi madre volvió a entrar en el
limbo de los débiles ... Le había
pudado parálisis

Dos días después, mi padre en-
vuelto en su capa cruzaba la
plaza de Oriente y se le acercó
una mujer

- Señurita ... ¿sabe donde es esa

para ser ama de casa?

- '¿Cómo?

- Uno afincan a casa así para colu-
carse.

- '¿Usted es el ama?

- Sí, señurita...

- Venfa con miño ...

- '¿Me engaña?

- 'No mujer ... mi esposa he dado
a luz y no puede criar ... Ahora
mismo iba a buscar ama.

- '¿Me me engaña, señurita? El au-
ra de mi pueblo dice que en esta
ciudad engañan a los pobres co-
mu go ...

- 'No, mujer, no le engañó ... Es
aquí cerca ...

Y aunque la mujer no puerin
ni, Alguien le empujaba detrás de mi
padre y así llegó hasta la cabecera
de mi cama.

- ¿Es la señorita? ¿Es esta señorita
la que tenía que criar?

- Sí... esta criatura...

- ¡Señorita! - decía la palleja
mirándome estupefacta

- No la llame señorita, mujer...

- Yo la llamo siempre señorita...

El cura de mi pueblo me dijo que...

- ¿Usted como se llama?

- Antonia...

- ¡Antonia! ¡Siempre San Antonio
protegió a mi familia! - dijo mi
madre - ¡Bienvenida sea a esta
casa... y Dios la ayude a criarme
la hija Antonia!

- ¡Aní sea!

Fenia con dos años y no andaba.

- Debilidad - decía el médico.

- ¡Pero si está tan gordita!

- No importa... es falta de calcio... De
una madre como usted...

Sin embargo mi madre ya andaba
apoyada en un bastón...

Mi tía, el ama, o alguna criada
tenía siempre que andar cargada
con mi go...

Llegamos a Segovia. Mi madre y
yo no quedamos en la Catedral,
mientras mi tía iba a preparar el
viaje en coche al pueblo.

Yo, afanada fuertemente a la vista de
una capilla, miraba hipnotizada el
interior dorado, los luceros, los santos...

mi madre arrodillada a mi lado
rezaba fervorosamente.

"Madre mía, que ande mi nena,
que ande... que no sea una invalida."

de como yo... ; Madre mi Lanti-
simu! " Dios te salve...

Y mi madre se dio a pasar cuen-
tas del Rosario... De pronto mi-
ro en torno y no me vio...
¡ Jesús!

Se levanto agarrándose a la verja
y me busco atemorada...

¡ Allí estaba yo! navegando
lambaleante y feliz como un
patito por las anchas y limpias
naves de la catedral... Al ver
a mi madre, comencé a corcapi-
de y fui a ella...

- ¡ Dios mío! ; madre mía!

¡ mi hija anda! ; anda!

Cuando volví mi tu no encon-
tré sentada a un banco. mi ma-
dre roja de emoción.

- ¡ ta niña anda! ; He oamu-
do un milagro! ...

Era rabionilla. Acostumbrada
a jugar sola, aguantaba mal que
otros niños intervinieran en mis
juegos.

Y menos que a todos aquel chipui-
llo cabroni con los fontanelas abier-
tas aún y los sesos laterales bajo
la piel tenue y la pelusilla rala.
El chis me quitaba todos muer-
tos, los madres hablaban... Me
quitó el muñeco de porcelana,
y la carta de cartón, y la com-
punita...

Mi madre y la reya pres-
ban algo rohe la mesa del co-
medor... Entonces, el chis, que
había agarrado al muñeco por
los pies, comenzó a golpearle en
el suelo...

No cogí una pesa dorada y
fuerte ; el kilo! y levantari-

dolo en alto lo dejé caer so-
bre la cabeza del cabeson...

Mi madre, que había visto
el movimiento sin poder evi-
tarlo lanzó un chillido terri-
ble...

Pero aunque la pesa cayó
sobre la cabeza palpitante
del chiso no le hizo nada!...

Caní desmayada de terror, pudo
comprobarlo mi madre...

Seis años escorzo, en aquella noche
que me desperté oyendo rezar... En
mi casa era corriente ~~de~~ rezar, pero
no en aquel tono solemne, imponen-
te, dramático que ahora oía...

Me escurri de la cama y fui descalza
hasta la puerta de la sala... Allí estu-
ba la alcoba de mi abuelo, y mi ma-
dre, de pie a su cabecera, rodeada
de mujeres de rodillas decía las ~~terme~~
dos palabras de la recomendación del
alma.

"Sal alma cristiana de este mundo
en el nombre de Dios Todopoderoso que
^{te} ~~te~~ ^{oreg.}
en el nombre de nuestro Señor Jesu-
cristo que dio su sangre por ti...
en el nombre del Espíritu Santo
que ~~te~~ ^{te} dio su gracia...

Mi abuelo murió esa noche
y al otro día le enterraron. Mi
padre, mi madre y yo le acompa-

ñamos al pobre cementerio del pueblo. Mi madre lloraba mucho de rodillas al borde de la sepultura y como estaba muy fruesa mi padre tuvo que hacer muchos esfuerzos para levantarlo... Yo lloré también para que todas las chicas me miraran... pero estaba y contenta con el vestido negro que estrenaba aquel día.

A la madre de mi madre la había conocido dos meses antes en un pueblo vasco... la vi y la vi viendo, bien envuelta en un manto negro, sentada en una silla de brazos junto a una ventana. Los pleitos la habían dejado pobre y ahora vivía de una pensión que la pasaban los mismos que ganaron el pleito último.

- ¿Eres devota de San Antonio? - me preguntó, y yo no supe qué contestar, porque a los años años se saben pocas palabras y las que se saben tienen un significado incomprensible...; 'Devota!'

- Sí, madre - contestó la mía.
Después nos volvimos a Madrid, y pasaron los meses, y murió mi abuelo, el padre de mi madre, en un pueblo de Segovia, donde nació y vivió siempre, y como ya era octubre se acabó el verano.

Yo iba a mi colegio de la calle del Amor de Dios, en el corazón madrileño. Un día al volver del colegio encontré a mi madre llorando.

- Hija, se ha muerto la abuelita! - me dijo en el tono de las grandes ocasiones.

Luego me leyó la carta en la que

lo decía y yo escuché anonadada de que para mí se usara esa ceremonia ^{instituida}.

- Sientate ahí y escucha a mi madre leyó la carta de mi tío.

"La víspera no lo había dicho, pero como ya sabes como era no lo creímos. Dijo que se le había aparecido San Antonio a los pies de su cama y le dijo: - Mañana, a esta misma hora te llevaré conmigo - Dijo que eran como las dos de la madrugada, pero ya te dijo que no le hicimos caso. Sin embargo este mañana la hemos encontrado muerta en su cama y el médico dice que hacía como ^{cuero} siete horas que había fallecido. Antes de las dos no debió de ser, porque se había tomado la leche con

biscochos que se tomaba a los doce y que todos los noches le dejábamos"

- ¿Has oído hija? ¡ Ya no tienes abuelita!

- Sí.

Yo me importó nada pues ni siquiera me podían poner vestidos negro ya que le llevaba así desde la muerte del abuelo

Otros años bobos. Mi padre me llevaba al colegio por la tarde después de comer pero antes entrábamos en el café de Zaragoza (calle de Leon esquina a la Plaza de Anton-Martin) a tomar café. El precio de café para los niños no costaba nada y el mozo me le servía de buena gana. voluntad

Aquel día tenía que comprar un dedal... Mi padre siguió hasta el café mientras yo le compraba en la calle

de Leon.

Yo tenía yo costumbre de andar sola por la calle, por eso iba temerosa desde la tienda hasta el café...

Era un medio día radiante. Había poca gente por la calle y al doblar la esquina de la Plaza... yo muy animada a la pared... sentí una feroz bofetada en un carrillo...

El sol se me nubló... ¡pero no había nadie!

Comí llorando hasta el café...

- ¿fue te he pasado?

- Una bofetada! ¡me han pegado en la cara y fuerte!

- ¿quién?

- ¡Nadie! ¡Yo había nadie!

Hier, tal vez once o doce años. Santander. El Sardinero. Es un domingo y mi madre, siempre enferma, duerme aún.

Las hijas del dueño del Hotel, dos chicas un poco mayores que yo, a las que yo admiraba mucho, me proponen:

- ¿quieres venir a misa con nosotras?

- Bueno.

Vamos a la Ermita de San Roque, sobre el peñasco que divide dos playas. Como es temprano, solo están en misa las criadas de los Hoteles y casas particulares y algunas viejecillas...

Entre la luz lechosa de la mañana nublada y la yglesita, a esta hora, es blanca y pura como una perla.

Yo arrodillamos delante de todos, pregados a la barandilla del altar. Sale el sacerdote y comienza la Misa. Yo rezó... de pronto no puedo rezar; un dulce bienestar me invade y siento que

yo no estoy de rodillas en el suelo
sino junto a la Imagen, al pie de
ella, en lo más alto del altar, rodea-
do de la luz blanca y pura de ~~por~~
la Virgen...

Me cuesta trabajo abrir los ojos... Oigo
hablar lejos... luego más cerca... Estoy
en la puerta de la Ermita rodeada
de muchas personas que me dan ai-
re.

"¿Se le ha puesto malo!" "¿Se le ha pue-
sto malo!" - oigo decir

Trece años. Es en la Iglesia de San
Pascual en Madrid, Recoletos.

De rodillas en un reclinatorio junto
a mi madre. La Iglesia está obscu-
ra y como impregnada del tono ru-
cío, banoso, gris como muchos refro
de los arboles pelados y huérfanos
del Paseo.

Me parece que el aire tiene el mismo color
que el hábito de San Pascual, arrodilla-
do en éxtasis, delante de la Custodia...

De pronto un apreciable bienestar, una
suavidad dulcísima... un huir de mi
hacia el altar en sombras...

La voz de mi madre en mi oído:

- ¡Hija! ¡Hija! ¿Te pones mala?

Y la calle llueve y gente que me
mira.

- ¡Un coche! ¡Un coche!

Yo.

- ¡Pero si no parece para nada!

Es hora de acostarnos. mi madre le echado la cuenta del día en la agenda y yo he terminado de hacer mis deberes para el otro día.

El pasillo está oscuro. La muchacha acaba de trajinar en la cocina, la otra muchacha recoge en un cesto la ropa de la plancha.

¡De pronto el timbre de las habitaciones!
¡El timbre que solo suena cuando alguien está en cama!...

- 'Mamá!' - prito atemorada - ¿quién hay en la alcoba?

- 'Cállate loca!' - dice mi madre severa.
- ¡Es el timbre de la puerta.

Las muchachas, también alarmadas, aseguran que no es el timbre de la puerta, sino el del dormitorio...

Todos juntos recorremos el largo pasillo. Mi madre va delante encendiendo las luces... Pasamos por la

puerta de la escalera y mi madre la abre. No hay nadie. La escalera está completamente oscura. Son las once y los portales se cierran a las diez.

Llegamos al dormitorio de mis padres. No hay nadie tampoco...; sin embargo el timbre ha sonado!

En mi dormitorio hay un cuadro de San Antonio (copia de Murillo) y delante de él una lamparilla de aceite encendida.

En mi cuarto hay otras cosas. Una cómoda un ropero, una gran perchera con su cortina de satén amarillo, un gran cesto lleno de ropa.

Por la noche, si tardeo en dormirme, tengo miedo porque la mariposa de la lamparilla a veces se pone a crecer desmesuradamente y a gaciar todas las cosas de su sombra... otras en

cambio se hace chipiuti... es apenas un pábulo negro con un poco de lumbe en la punta... Pero lo peor es cuando se está y se encoge haciendo coner sombras, en las paredes, o chispronotear como si se fuera a apofar y no se apofa más que se enciende más... y es como si respirara apofándose y encendiéndose...

- ¿Por qué descorres la cortina de la percha todas las noches? - me ha preguntado mi madre, que es el orden y la limpiera hecha persona.

- ¿Yo?

- Sí, tú. Yo a coner la cortina, para que esté tapada la ropa... y tú a descorrerla...

- ¿Yo?

Estoy segura que yo no descorro la cortina, y, efectivamente, todos los mañanas está descorrida...

Esto me preocupa todo el día, y me propongo averiguarlo esta noche. ¡Yo me dormiré hasta ver quien descorre la cortina!

Como no dormirme, me siento en la cama. De todos se han acostado. A mi padre lo oigo roncar, mi madre tal vez resaca su rosario... La muchacha parió hacia su cuarto antes de entrar yo en el mío.

Justamente esta noche es de las que la lamparilla se ha vuelto loca. De pronto se estalla y todo se ilumina vacilante, como si la luz y la sombra estuvieran bonachos... De pronto se apagan tanto que casi no se perciben en las sombras los muebles... se va a apagar... Chispronotear... Tal vez se está que manda en su llama un mosquito... ¡Huele a pábulo mojado a aceite!...

En este momento siento el leve ruido característico de los anillos en la barra de hierro... Miro espantada... y veo descoserse en la sombra la claridad de la cortina... ¡Se descoche... se descoche... más... más...!

El corazón se me ha disparado y el pecho me duele de contenerle... Me tapo la cabeza muerta de miedo... ¡La cortina se descoche sola...! ¡Lola!

Oct. Septiembre de 1903

Quince años, casi dieciséis. He soñado.

En el jardín que está frente a mi casa, han levantado un monumento. Es de madera roja y brillante y representa un viejo de larga barba con el brazo derecho extendido... Los que pasen por debajo de ese brazo, no volverán más...

Lo miro desde el balcón. De súbito oigo voces en la calle. Miro y veo un tropel de gentes que acompañan a dos hombres. Estos dos hombres van a pasar por debajo del brazo del hombre del monumento... ¡Uno de estos hombres es mi padre!

¡Quiero gritar y no puedo. Muy solemnemente llegan todos al pie del monumento y mi padre se adelanta; él pasa solo y desaparece en la sombra! Ahora el otro... ¡El otro es el tío de

mi madre en cuya casa mi padre
se ganaba la vida!...

También va el a desaparecer... En
tonces puedo gritar pidiendo auxi-
lio pero alguien me dice:

- ¡No... este no es tu ahora..., hasta
Mayo!

Y me despierto.

Cuatro días después murió mi pa-
dre, el otro señor murió el día Pri-
mus del Mayo siguiente.

Tenía diecinueve años y iba a
casarme.

Faltaban solo ocho días. Y soné:

Soné una voz. Nada veía, solo obscu-
ridad y angustia.

La voz dijo:

"¡No te cases. ¡No sirves para casada!"

Y yo pensé con terror-

- ¡Ya no tiene remedio! Tengo que casar-
me; es irremediable! Además estoy ena-
morada...

La voz contestó a mis pensamientos.

"Dentro de diez años no lo estarás y
seguras casada"

Yo.

- ¡Si lo estaré!

La voz

"La pasión pasa, queda la amistad,
la ternura, la confianza mutua, el
carino... pero eso no te servirá para
estar casada"

Me desperté y me casé a los ocho días.

Tres años más: Leví que veía la
caja de muerto, y su cabeza apoyada
en una almohada: entre la almoha-
da y su cabeza un libro abierto por
la página de la dedicatoria.

Cuatro meses después murió y me di-
jo. E.

- He puesto bajo su cabeza mi libro
abierto por la página de la dedica-
toria ...

Once años después. La vez, era
vez que a veces me habla:

- Va a morir!

- ¿Quién?

La vez ya no contestó. Seis meses
más tarde murió mi hijo

Habían pasado cinco meses. Era de
noche. Por la ventana abierta llegaba
el olor de las eras.

El estaba muy enfermo, tal vez iba a
morir. Mi otro hijo dormía en la habi-
tación inmediata ardiendo de fiebre. Yo
me eché un momento a descansar, sobre
la cama y sin desnudarme. Estaba
transida de dolor.

Senti un leve ruido y entreabrí los
ojos.

¡Era mi hijo, muerto cinco meses an-
tes que venía hacia mí!

Llevaba su delantal de dril del
colegio. Llegó hasta mi cama y puso
sus manitas sobre las mías... No vi
su voz pero me hablaba. Me decía
que todo iba a pasar, que me tran-
quilizara, y que él se iba otra vez...

- ¡Entonces creí que es mentira que
has estado aquí! ¡No te oigo siquiera!

me dijo, sin voz, que ahora oiría el ruido que podía hacer...

Desapareció y un golpe terrible en el cerrojo de la puerta de la calle contestó a mis pensamientos...

En el automóvil. Cierro la puerta y se me quedan tres dedos agarrados... Todo el mundo grita... No se atreven a abrir... Cuando abren ven que no me ha ocurrido nada; ni siquiera una señal!

Lo peor siempre son las preguntas sencillas... porque siempre me creo que tienen un sentido que yo no conozco. Así sucedió cuando la profesora, que sabe muy bien como me llamo dijo, cogiendo el catecismo

- Decid, niña, como os llamáis?

- Pedro, Juan, Pablo...

¡Y dijo que soy una tonta! Todos los niños se ríen.

Para Celia

El apoyo moral de la esposa.

El apoyo material del matrimonio es el hombre y tu, mujer, debes ser el apoyo moral. Si no lo eres recibirás tu castigo irremediablemente. Si él habla en público; lo tomas en broma?; ¿te burlas de su trabajo?; ¿te burlas de su manera de vestir? Es muy posible de que tu marido sea ridículo "pues carga sobre tu espalda la mitad de su ridiculez: este es tu cruz" No hay otro recurso a tu felicidad. Si no lo puedes

sufrir, separate, antes de que sea tarde. Pero si lo
quieres, agarras la mitad de la cruz, pues el
lleva con trabajo sobre sus espaldas, y como
el pobre Cireneo di: ¡adelante!

" ¿D que decir en este nuevo día
pue no hayan dicho las plurales voces?
Todo lo sabes, todo lo conoces
¡Luma y compendio de sabiduría!
Un dulce y largo cuento escribirá;
palabras bellas y sencilla historia.
Aquí mismo comienzo esa memoria:
" Santa y genial Inés, aménecia ... "

Walter.

